

Estampas

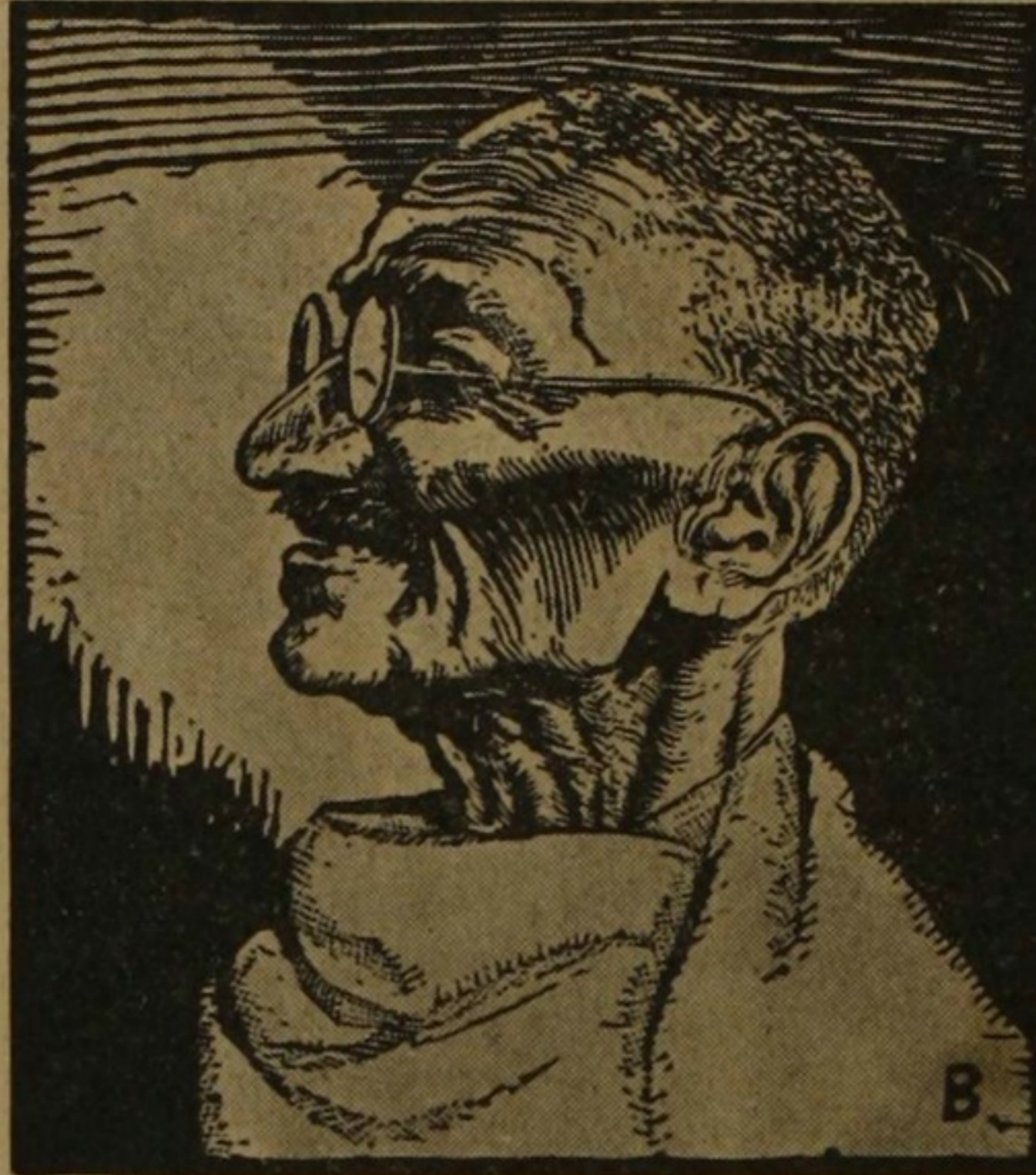
El viaje conmovedor de Gandhi

Cómo viaja Gandhi y cómo viajan los magnates aliados del Imperio

— Colaboración directa —

El viajero que desee ver una raza en la cual la miseria secular ha hecho su obra ruinoso, busca a pocas millas de este puerto el grupo de chozas regadas en la margen izquierda del río. Son chozas de los coolíes que emigraron hace muchos años de la India. En ellas viven, frente al mar, que es decir en presencia de una gran voz de liberación. Pero no es voz que ellos escuchen, ni necesiten tampoco. ¿Qué ansia de libertad ha de existir en esa gente desmedrada que llena el corazón de piedad? Mas, estamos aventurando juicios, o al menos dándoles una severidad peligrosa. Nos impresionan esos trasplantados de la India por mínimos, por miserables. Porque los vemos ordeñar la cabra, o cuidar las gallinas, o subir ágiles al árbol de coco, o recoger leña, o embriagarse, o andar con las ropas raídas, porque los vemos en ese mundo pequeño, nos parece que son gente de una raza en ruinas. ¿No son acaso iguales a los millones de seres que siguen la voz formidable de Gandhi? No han disminuído su condición humana al sentirse desarraigados de su suelo. De allá vinieron tal como el viajero curioso puede verlos en sus chozas de grande y conmovedora pobreza. El Imperio Británico no ha hecho nada con su civilización. Esta realidad ha puesto en el alma de Gandhi la aspiración de libertar a su pueblo.

Sabe Gandhi lo que es darle la vida a una aspiración. Todos los abismos abren su atracción. Y porque lo sabe es que no deja cubrirse de artificios su vida. La necesita limpia para que el vuelo sea liviano, para que el paso sea firme. Le da el Imperio sitio distinguido en las conferencias de la Tabla Redonda, y él, que no va a servir al imperio sino a su pueblo oprimido, no varía un ápice su sencillez. Se embarca como pasajero de tercera clase, es decir de la clase última, y no lleva consigo más que dos cabras regalo de un amigo, un torno de hilar y una manta delgada de lino. ¿Y hacia qué sitio se encamina con tanta pobreza? Va a Londres, a las propias fauces del Imperio. Está en lucha por la aspiración de dar libertad a la India y esa lucha es grande y formidable. En el mismo barco viajan los nativos aliados del Imperio, en camarotes de cinco mil dólares (Gandhi pagó por el sitio de cubierta cien dólares nada más). Son los príncipes millonarios a fuerza de iniquidades, de explotación despiadada del pueblo. Son los terratenientes, los comerciantes, los industriales. Son los pilares del Imperio que ayudan para que se les ayude. Va Gandhi en su mismo barco y para el mismo sitio, pero no con igual designio. Comerán



(Forum, New York.)

Madera de Lowell Balcon.

en el festín de la opulencia británica y dormirán al calor de esa misma opulencia. Gandhi en cambio beberá la leche de sus dos cabras y comerá higos y dátiles. Si hay frío y viento cogerá abrigo con su manta de lino. Jugarán al cricket o al tennis y también a las cartas que se llevan fortunas. Fumarán y se emborracharán. Gandhi hará su misma vida. El sol de cada día lo encontrará en oración. El torno de hilar hilará cinco horas diarias, movido por las manos de Gandhi el lino que su pueblo cultiva. Y un día de cada semana, el lunes, meditará. Leerá las únicas páginas que lleva, el ensayo sobre la *Desobediencia civil* del norteamericano Thoreau.



(Forum, New York.)

Madera de Lowell Balcon.

¿Qué diferencia tan profunda entre los pasajeros de un mismo barco! Gandhi, que no va a pactar la entrega de

su pueblo, viaja llevando consigo la pobreza y el dolor de ese pueblo. El Imperio quiere atarle su libertad y le ofrece un gran camarote. No lo acepta. Sobre la cubierta del barco acude más pura la meditación que un negocio tan grande como el de la redención de la India necesita para triunfar. Los nativos aliados del Imperio pueden sumirse en un mundo de pompa y vanidad, porque son gente sin conexión ninguna con el pueblo. El Imperio les asegura sus riquezas. Por eso lo defienden y acatan el gobierno que se les impone. Por eso ayudan a que ese gobierno imperializante haga dura e invencible la esclavitud y el dominio. No hay de seguro, aliados más eficaces de un dominio fiero y grande que la casta de los potentados. Pierde esa casta todo sentimiento de amor por la patria limpia y decorosa. Y es una pérdida que se refleja en desprecio por todo lo que signifique defensa de los pueblos. El Imperio lo sabe y se sirve de ella como azote. Cuando el nativo se descasta para sentir por su raza un sentimiento de odio, constituye la figura más repugnante y peligrosa. Él mismo considera su vida en un plano más adelantado que aquel en que sus connacionales están. Clama entonces por la civilización del extranjero que es la que puede redimir a su pueblo. Y en ese clamor maldito vive desahogado y hoy entrega una cosa y mañana otra, hasta dar en la esclavitud con una nación. Siempre simula amor por la patria, pero es todo teatralaría y desvergüenza. Esos clamores son nada más que la trampa para asaltar posiciones desde las cuales esté en capacidad legal para pactar la entrega de su país. Y lo terrible, lo monstruoso, es la facilidad con que se imponen los descastados y señorean su perfidia en los gobiernos. Acaban de hacer una pillería de las que llevan a presidio, de las que detestan el repudio mayor, y los gobiernos los acogen y les dan poder.

Gandhi no es de los que sirven a las fuerzas de esclavitud de su pueblo. ¿Cómo conmueve su partida y hace mirar en él una de las vidas de grandeza eterna. Parece el corazón de su pueblo. Parece realmente el Cristo. Para enfrentarse al Imperio en sus propias fauces, sale de la India como uno de los millones de seres que en ella discurren una existencia triste y miserable. No va a representar a la opulencia, sino al pauperismo. ¿Y cuán inmenso es en la India! Gandhi lo conoce. ¿Hay en el mundo un pueblo más explotado que el indio?

(Pasa a la página 157.)